

Tendencias sindicales en México al final de una Era ¹

Se da cuenta de las principales corrientes o tendencias sindicales prevalecientes durante las décadas de los setenta y ochenta en México. Se identifican las diversas expresiones tanto en el sindicalismo de Estado como en el de izquierda. Se analizan las posiciones del sindicalismo independiente ante el proceso de reestructuración y se apuntan posibles escenarios para un futuro inmediato.

SERGIO GPE. SÁNCHEZ DÍAZ²

Introducción

En países atrasados como el nuestro, vemos hoy un laboratorio de los proyectos del capital a nivel mundial. Sectores de la clase dominante impulsan con tenacidad los planes de integración de la economía a nivel regional. Para ello han tenido que “adelgazar” al Estado. Vender cientos de empresas consideradas improductivas. Despedir a cientos de miles, tal vez millones, de trabajadores. Abatir el salario a los niveles que tenía hace 40 años. Se deja atrás el modelo de desarrollo “sustitutivo de importaciones”, y se intenta un modelo exportador, integrado a la economía capitalista mundial.

Al unísono de esos planes del capital, presencia- mos, como en el resto del continente, luchas sectoria- les diversas. La demanda de democracia recorre nues-

¹ Ponencia que se presenta al 13 Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. 29 de julio - 5 de agosto, 1993, Cd. de México, en la Mesa “Antropología de las sociedades y las culturas urbanas”.

² Profesor-Investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS, D.F.).



tro territorio. La lucha por el respeto al voto ha sido larga. Cada vez más se defienden los derechos humanos y se pugna por el cuidado y salvaguarda del medio ambiente, etcétera.

En medio de esa compleja situación, la clase obrera vive una gran recomposición, como en todos lados. Presenciamos la decadencia y desaparición de sectores enteros de esta clase, sectores que en otros años fueron baluartes de reivindicaciones y conquistas diversas, por ejemplo, de la organización sindical por rama industrial.

En ese sentido, la clase obrera en México ha perdido “centralidad”. Las luchas sociales que se vienen desarrollando no están pasando por la empresa o fábrica, sino por el territorio y por la organización civil y ciudadana.

A lo sumo, las luchas de la clase obrera sindicalizada han sido defensivas. Se han centrado en tratar de defender logros de otras décadas (como las empresas nacionalizadas y los contratos colectivos) y en oponerse a los despidos masivos, aunque la demanda de aumentos salariales ha sido constante, así como la de un modelo de desarrollo popular y nacional. Sin embargo, hay que reconocer que, hasta ahora, a pesar de esa resistencia, no pocas veces heroica, esta parte de la clase obrera no ha logrado impedir la reestructuración capitalista, la que se ha impuesto en un sentido que no pocos analistas sociales describen como “salvaje”.

En esta comunicación nos interesa llamar la atención sobre algunos rasgos de la cultura sindical, que en nuestro país están cambiando en una situación como la descrita, entendida esa cultura como concepciones sobre el trabajo, el sindicato, la empresa y el Estado, que han portado diversos segmentos de la clase obrera (líderes y bases), concepción que, en la subjetividad de este sujeto social, no siempre se encuentra estructurada, nítida y/o conceptualizada.

Para abordar esta cuestión, y con fines meramente analíticos, dividimos esta comunicación en tres apartados en los que abordamos estos cambios de la cultura sindical en las principales franjas del sindicalismo nacional: el de Estado y el de izquierda. Para que el lector tenga una mayor comprensión de los hechos que se relatan, damos algunos antecedentes sobre este último sindicalismo y tratamos de aproximarnos a

su complejidad a partir de las tendencias que han contribuido a darle vida a esa cultura.

La situación del sindicalismo de Estado

Como todos sabemos, estos sindicatos, dirigidos por las burocracias sindicales más diversas, ligadas por décadas a los intereses generales del Estado posrevolucionario emanado del movimiento armado del 1910-1917, han sido golpeados por la nueva fracción hegemónica en el Estado, a partir de 1982. Las causas son conocidas. Aquí las sintetizamos por motivos de espacio.

Esas burocracias sindicales han empezado a ser no funcionales para el proyecto modernizador capitalista del Estado. Los planes de elevación de la productividad y de mejoramiento de la calidad del trabajo han confrontado los estilos de participación de esas burocracias en los centros del trabajo, caracterizados muchas veces por la promoción de la ineficiencia y del clientelismo entre las bases obreras.

Pero no sólo eso. El ataque del gobierno a los contratos colectivos, el recorte de prestaciones, los despidos masivos, etcétera, afectaron las fuentes de consenso de esos líderes entre las bases obreras. Recordemos que la administración de prestaciones, la negociación por rama industrial, les permitían mantenerse en las direcciones sindicales —junto con medidas de fuerza (de la Garza 1991). Sumemos que, además, el gobierno y los capitalistas están empujando hacia la negociación por empresa, en el centro de trabajo, y se puede pensar, en el largo plazo, en el fin de esos mecanismos generales de negociación que en otras épocas caracterizaron la relación sindicato de Estado-Estado posrevolucionario.

Agreguemos que hoy, en casi todo el mundo, está cuestionada la dominación del Partido de Estado, del partido único, del cual han formado parte los líderes sindicales y los sindicatos de esta franja. En nuestro país cada vez más hay una conciencia nacional que rechaza tal dominación. Por ejemplo, a nivel del control de Estado y de su partido de los procesos electorales. Igualmente, el voto “cautivo” a través de los grandes sindicatos ha perdido mucha fuerza. Desde el PRI se ensaya



ahora una organización partidaria más ligada al territorio que al centro de trabajo a través de los sindicatos, aunque es obvio que aún no puede prescindir de los llamados “sectores”, entre ellos, obviamente, el obrero.

Con todos esos cambios encontramos que se han debilitado los lazos corporativos y patrimoniales entre esos sindicatos y el Estado. El intercambio político entre ambos, materializado en prebendas, prestaciones, creación y participación en instituciones diversas, puestos de “elección popular”, incluidas gubernaturas de algunos estados, todo a cambio de apoyo político al régimen, se ve hoy afectado e inmerso en importantes cambios.

Incluso el carisma hacia las bases obreras, que durante décadas les permitió a muchos líderes mantenerse en la dirección de los sindicatos (carisma que se reproducía cada vez que esos líderes obtenían logros concretos y tangibles para esas bases), parece también vivir cambios significativos. Estos líderes carismáticos son ahora incapaces de obtener los logros de otras épocas y más bien se adaptan a los cambios del régimen.

Desde arriba, desde el sector hegemónico en el gobierno, no parece que exista, ni en el corto ni en el mediano plazo, una alternativa para refuncionalizar al conjunto del sindicato de Estado, haciéndolo más acorde a las exigencias modernizadoras. Es decir, no parece que puedan o quieran sustituir a las viejas burocracias sindicales. En cambio, han preferido, hasta ahora, golpear selectivamente a los grandes sindicatos nacionales de industria (muchos ligados a la CTM). Expulsar y encarcelar a los liderazgos que escapaban a su control y que resultaban un impedimento para sus planes modernizadores (como han sido los casos notables de la Quina en el sindicato petrolero y Agapito González en los sindicatos de maquiladoras de Reynosa y Matamoros). O realinear a todos los demás que, como hemos dicho, han tenido que ir aceptando los planes de modernización industrial, pactando un gran número de acuerdos de productividad, tanto con el Estado como con el capital.

Incluso, ante liderazgos como el de telefonistas, el del magisterio y el del SME, que realmente han hecho grandes esfuerzos para negociar con el régimen, impedir despidos y, en última instancia, asimilar con los menos golpes posibles los cambios, el régimen ve con cautela sus

iniciativas y no les otorga toda su confianza como para que ellos encabecen una reorganización del sindicalismo de Estado.

“Desde abajo”, desde las bases obreras, sólo ha provenido una resistencia episódica y aislada, tanto a la reestructuración capitalista como a sus actuales direcciones sindicales. Atadas al proyecto estatal, se han adaptado a las nuevas exigencias de productividad sin alcanzar a perfilar un proyecto propio y autónomo.

Por su parte, la CTM, la principal central sindical del país, parece no querer quedarse atrás en cuanto a adaptación se refiere. Veamos un ejemplo de esto. Por propia iniciativa ha lanzado, en algunas ciudades del norte del país en las que hay concentración de empresas maquiladoras de exportación, algunas campañas de sindicalización. Ha organizado así sindicatos en ciudades como Reynosa, Matamoros y Chihuahua.

Ha pactado ahí nuevos contratos colectivos, que han dado pie a una interesante polémica académica. Según Cirila Quintero (1990), ante el auge de un *sindicalismo subordinado* al capital maquilador, el que se ha desarrollado en la ciudad de Tijuana (encarnado en la CROM), segmentos de la CTM han impulsado, en otros lugares, un tipo de sindicalismo que denomina *tradicional*, porque, aunque se ha insertado en empresas como las mencionadas, ha reivindicado una serie de demandas de las bases obreras en el centro de trabajo.

Sin embargo, parece predominar la implantación de contratos colectivos que aceptan la flexibilidad del trabajo y le dan amplias atribuciones al capital para la organización del trabajo. Por eso, autores como Carrillo (1989) hablan más bien del desarrollo de un *sindicalismo funcional* al capital maquilador. Igualmente creemos que tampoco debe descartarse el desarrollo de un sindicalismo subordinado al capital encarnado por la misma CTM, similar al que la CROM ha impulsado en Tijuana, en ciudades como la de Chihuahua (Sánchez 1991).

Tal situación tiene su contraparte en el desarrollo de un nuevo proletariado del norte, compuesto por obreras y obreros jóvenes, que lleva a cabo una intensa rotación en las diversas empresas maquiladoras y en el que maduran una serie de demandas laborales y sindicales. Entre estas últimas, cabe destacar un continuo cuestionamiento a los modos clásicos de control de los sindicatos por parte de los líderes y a la



manipulación por parte de ellos de los recursos sindicales. Hay en todo esto una reivindicación que proviene de una identidad regional que cuestiona el control centralizado de los sindicatos por parte del Estado y el PRI. El avance del PAN en estos estados norteños como Chihuahua se apoya, entre otros elementos, en esa identidad regional.

En términos de formas de lucha, este nuevo proletariado industrial ensaya una amplia gama de formas de resistencia y de protesta que comprende, además de lo antes dicho, “las huelgas salvajes” y el rebasamiento de los líderes en situaciones diversas, sin que podamos excluir eventos bastante comunes de manipulación de esos movimientos de protesta por parte de los mismos líderes (Sánchez Díaz 1991).

Conviene señalar, sin embargo, que, al lado de esos episodios de cuestionamiento hacia los líderes en lugares como Chihuahua, encontramos que en otras ciudades maquiladoras, como Reynosa y Matamoros, hay líderes de la CTM con mayor ascendencia entre las bases, sin que ello quiera decir que no enfrentan movimientos democratizadores.

Veamos ahora, someramente, los cambios culturales en la otra franja del sindicalismo nacional.

El sindicalismo de izquierda y sus antecedentes

Nos centramos ahora en esa pequeña franja del sindicalismo que se conoció de diversas maneras en medios académicos y políticos (“independiente”, “democrático”, “de izquierda”), que tuvo su auge en los setenta y que durante los ochenta se vio inmersa en una crisis profunda.

Nosotros preferimos denominar esta franja como “de izquierda”, por estar, en general, colocada a la izquierda del variado sindicato de Estado, aunque, como veremos, esto no es totalmente exacto (Sánchez 1990).

Las experiencias de este sindicalismo fueron muchas. Recordemos en primer lugar que buena parte de él surgió, en medios industriales, de una intensa lucha por desafiliar los sindicatos de las centrales del Estado. Esta línea política, que en general se conoció como *independentista*, la impulsaron no pocas corrientes políticas. Algunas de ellas fueron el Frente Auténtico del Trabajo y la Unidad Obrera Independiente.

Otras tendencias, como las ligadas a la experiencia *nacional-revolucionaria* de la Tendencia Democrática del SUTERM (que incluso debe verse como un ala radical del sindicato de Estado), privilegiaron la lucha democrática en el interior de los sindicatos industriales vinculados al Estado. Su perspectiva era de reorientación de las empresas estatales, de recuperación del proyecto (desvirtuado) de la Revolución Mexicana en beneficio de las mayorías a todos niveles, y de reimpulso a la organización obrera en un sentido democrático.

Paralelamente se generó, por vías diversas, una incipiente corriente *comunista* que logró influencia en algunos núcleos obreros; que tuvo alguna influencia (como casi toda la izquierda sindical mexicana) de posiciones nacionalistas-revolucionarias; y que llegó a ser partícipe de la lucha en el interior de los grandes sindicatos nacionales de industria.

Estas tres tendencias del sindicalismo de izquierda, la independentista, la nacional-revolucionaria y la comunista, tenían cada una su correspondencia en una figura obrera determinada: la experiencia nacional-revolucionaria se enraizó, sobre todo, en obreros de proceso de trabajo de flujo continuo; las posiciones independentistas enraizaron en obreros de procesos en cadena, de tipo fordista (de la Garza 1992). Las iniciativas comunistas, en cambio, se apoyaron en ambos tipos de obreros.

Sin embargo, no podemos hablar de una “composición de clase” determinada que diera apoyo a tal o cual tendencia. En la realidad, encontramos obreros de uno u otro tipo participando de las tres tendencias.

En esa franja hubo esfuerzos por crear estructuras sindicales novedosas, tratando de lograr mayor representatividad de las bases en las instancias sindicales. Fueron muchos los casos en que se desarrollaron formas intermedias de representación sindical como los delegados sindicales.

Aparentemente, muchos de los pequeños sindicatos que conformaron este sindicalismo en sectores industriales centraban sus acciones en sus centros de trabajo. Creemos que ésta sólo era una parte de la actividad de ellos. Debemos mencionar que, paralelamente a una actividad que veía hacia adentro de la misma organización sindical y que abordaba



aspectos diversos de la vida laboral, se ensayaron proyectos zonales de coordinación obrera y sindical. Igualmente, algunos grupos obreros llegaron a imaginar su organización en términos de sindicatos por rama industrial y también hubo esfuerzos en este sentido.

En los setenta y los ochenta fueron famosas las experiencias zonales de coordinación, sobre todo en zonas industriales del Valle de México: La coordinadora en torno al Sindicato de El Anfora, la Coordinadora Obrera de Ecatepec, hasta experiencias más recientes como el Foro Obrero de Tlalnepantla, cubrieron toda una época en que grupos obreros trataron de remontar, no sin carencias y limitaciones que más adelante señalaremos, situaciones de aislamiento diversas.

En términos de experiencia de coordinación, el ensayo más ambicioso fue la Coordinación Sindical Nacional, entre 1982 y 1983. Las diferencias internas sobre los objetivos y los alcances de este proyecto la llevaron a una crisis sin retorno y a languidecer durante bastantes años. Los debates y polémicas entre las corrientes de la izquierda sindical fueron muy enconados y, más que llegar a acuerdos duraderos entre ellas, se asistió a la división y al distanciamiento (Sánchez 1990).

En torno a estos debates, aparecieron una serie de concepciones políticas muy arraigadas en estos medios sindicales, que llevaban a los proyectos hacia objetivos estrechos y limitados. Esos proyectos debían quedar atados, desde las concepciones de algunos líderes y bases, a lo que “las bases” dijeran o propusieran. El rechazo a la vinculación de los sindicatos con los partidos de izquierda también fue bandera de una serie de tendencias. En el fondo, había un importante rechazo hacia la politización de la acción sindical, de la cual un componente puede ser esa vinculación con los partidos progresistas —no el único, ciertamente.

No fueron ésas las únicas experiencias de coordinación. Sólo diremos al respecto, que nosotros ubicamos una serie de coordinadoras clandestinas que diversas tendencias de izquierda impulsaron y que encontraron terreno fértil para desarrollarse por un tiempo en cierto radicalismo resultado de los enfrentamientos cotidianos de los obreros con el capital.

En cuanto a la experiencia estrictamente laboral de este sindicalismo, ella es también muy variada. Algunos balances recientes parecen apuntar en el sentido de que esta franja vio animada su acción fabril por

la sola lucha salarial y reivindicativa; que, en estos términos, poco se distinguió del tipo de luchas emprendidas por los grandes sindicatos de Estado, dirigidos por las burocracias sindicales. Se habla entonces de que a todo este sindicalismo, incluido el de Estado, puede definírsele como sindicalismo *de la circulación*, es decir, un sindicalismo que privilegió lo salarial, el precio de la fuerza de trabajo, y que no abordó a profundidad los problemas del proceso de trabajo (de la Garza y Rhi Sausi 1985). Estos mismos autores hablan de intentos de un sindicalismo *de la producción*, impulsados por tendencias como Línea Proletaria a través de sindicatos de la Unidad Obrera Independiente (hoy también desaparecida).

Coincidimos con esta interpretación de Enrique de la Garza y Rhi Sausi, cuando aluden a lo que puede verse como los gérmenes de un sindicalismo de izquierda capaz de abordar la cuestión del proceso de trabajo en todas sus dimensiones. Creemos, sin embargo, que las experiencias de sindicalismo *de la producción* fueron desarrolladas por más tendencias que la sola Línea Proletaria. Destacamos aquí la experiencia del grupo Democracia Proletaria, en la Siderúrgica Lázaro Cárdenas, en torno a problemas como la salud obrera, entre otras cuestiones (Daville 1990). En el mismo sentido, en el SUTIN, el sindicato de la industria nuclear, se ha desarrollado una experiencia, muy poco conocida, de acción sindi-cal comprometida con el mejoramiento en la calidad del trabajo, a partir de 1984.

Tampoco podemos olvidar que tendencias como Línea Proletaria acompañaron su acción fabril (la que correspondía a un impulso de base y a una figura obrera inserta en procesos de trabajo de tipo fordistas) con campañas políticas cargadas de sectarismo y repudio enfermizo hacia el resto de la izquierda sindical. Esa acción hacia la fábrica, hacia el proceso de trabajo, devino entonces en extrema estrechez, hasta los extremos que apuntamos y que no propició, ni remotamente, el avance sindical.

El sindicalismo de izquierda ante la reestructuración

Ahora debemos tratar de ubicar algunas problemáticas en esta franja del sindicalismo en México, al calor de las grandes transformaciones



laborales que hoy vivimos, y ante la gran iniciativa del capital y del Estado en pos de un nuevo modelo de desarrollo. Nos centramos en algunas de sus limitaciones, a sabiendas que la crisis del sindicalismo de izquierda no puede ser explicada solamente por esas limitaciones, sino también por la ofensiva del Estado y del capital.

Como decíamos, desde el sindicalismo de izquierda, en sus diversas vertientes, la acción principal era de tipo económico. No porque esté mal desarrollar este tipo de acción, sino porque ella no fue proyectada por líderes y bases más allá de la lucha con el capitalista respectivo.

Tal situación se agudizó en la crisis. Ante los planes de reestructuración de los empresarios, impuestos por la lógica de los cambios mayores del capitalismo, la acción de esos sindicatos no correspondió a la nueva situación. Se fue al enfrentamiento, centrando las baterías (por así decirlo) en aquél en quien se veía como causante de todos los males: el empresario inmediato. En ese sentido, ese sindicalismo fue sumamente estrecho en su horizonte (Nieto 1992).

Tampoco se alcanzó a reformular objetivos y demandas. Menos se logró una crítica de las tradiciones laborales de las bases sindicales, a veces ineficientes, pero a veces también proclives a monetarizar riesgos laborales o a la búsqueda de mayores ingresos vía la prolongación de la jornada de trabajo. Lejos de ver, también, las nuevas exigencias de eficiencia y competitividad de las empresas ante la apertura de fronteras y la integración económica.

Veamos aquí, más en concreto, cómo enfrentaron las transformaciones laborales las tres tendencias principales de la franja del sindicalismo a que nos estamos refiriendo. La tendencia independentista (que, debemos subrayarlo, no es homogénea, pues de ella participaron desde corrientes demócrata-cristianas, hasta maoístas y derivaciones del maoísmo como Línea Proletaria), actuante casi siempre en pequeños sindicatos de empresa, enfrentó aisladamente al capital. Desde sus agrupamientos más sectarios, animados por concepciones independentistas a ultranza, rechazó participar en instancias mayores de coordinación con otras fuerzas de la izquierda sindical, a la que invariablemente consideraba “reformistas” o, incluso, “charras”.

Obviamente, la tajante separación que se hizo de la lucha sindical

frente a la político-partidaria, le impidió, a esta tendencia, conformar un movimiento político común (aunque es preciso señalar que esta actitud también se encontró en los mismos partidos de izquierda). Correlato de esa separación tajante entre lucha sindical y lucha político-partidaria fue la inclinación al abstencionismo y el rechazo a lo electoral.

Las luchas emprendidas para oponerse a las ofensivas empresariales en los ochenta, casi todas a través de largas huelgas, fueron derrotadas. El capital logró sus objetivos de reestructurar drásticamente las relaciones laborales (reducción de prestaciones, flexibilidad laboral, prolongación de la jornada de trabajo). Muy pocos sindicatos lograron salvar las situaciones de descomposición y deterioro a partir de esas huelgas que, en algunos casos, duraron años. Los elementos más conscientes de esta franja se han dispersado hoy y no parece que en el corto plazo puedan generar una alternativa importante. Incluso, agrupamientos como el de la Unidad Obrera Independiente han desaparecido.

La otra tendencia del sindicalismo de izquierda es la que hemos denominado nacionalista-revolucionaria. Esta franja, como dijimos, aspiraba a mantener vigentes los postulados de la Revolución Mexicana y a reorientar al Estado surgido de ella, desvirtuado por una contrarrevolución desde los cuarenta.

No nos detendremos en estas notas a hacer un recuento pormenorizado de sus propuestas programáticas. Sólo diremos que sus concepciones experimentaron transformaciones importantes hacia fines de los setenta y principios de los ochenta. La tendencia conocida como el Movimiento de Acción Popular (que tuvo influencia notable en sindicatos universitarios y en el mismo SUTIN) dio un viraje y buscó el acercamiento con la CTM y con Fidel Velázquez, su líder, notablemente.

Ese viraje es conocido. La propuesta de impulsar la democracia sindical desde los grandes sindicatos nacionales de industria de los setenta, fue transformada por el Movimiento de Acción Popular: sus dirigentes promovieron acuerdos con líderes del Congreso del Trabajo, la poco representativa instancia cúpula del sindicalismo de Estado. Las pugnas de estos líderes con el Estado fueron vistas por aquel Movimiento como una importante alternativa para el sindicalismo en su conjunto.

Al final de cuentas, tal política condujo al sindicalismo universitario



y al mismo SUTIN, a una sonada derrota en las jornadas conocidas como las “huelgas de junio” del año de 1983 (Sánchez 1990).

Hoy, algunos agrupamientos sindicales forjados, entre otras tradiciones, en las ideas del nacionalismo-revolucionario, parece que intentan adecuarse (sobre todo en el sindicalismo universitario) a las exigencias de los cambios actuales, promoviendo un creciente interés por el acercamiento de la acción sindical a los procesos de trabajo en las universidades. Al tiempo que defienden la universidad pública, piensan la cultura laboral en términos de reimpulsarla hacia niveles de excelencia y gran calidad. Todo ello mientras el Estado está logrando una profunda reestructuración del trabajo en universidades y centros de investigación.

Sin embargo, no estamos seguros que los propósitos de muchos líderes del sindicalismo universitario vayan a trascender los discursos. Parece ser que la cultura de la ineficiencia, del clientelismo e incluso de la corrupción, entre líderes y segmentos de las bases en los sindicatos universitarios, permanece con bastante solidez. El alejamiento de los trabajadores académicos de los sindicatos es un hecho que por ahora no parece variar.

Por lo que respecta a la corriente comunista, podemos decir que ella también estuvo compuesta por tendencias diversas. Es difícil hacer aquí un balance de todas ellas. Ésta es una tarea a futuro. Pero la que más conocemos nosotros, de orientación marxista leninista, jugó un papel interesante en todo este periodo. Desde el SUTIN supo advertir los errores políticos de corrientes como el Movimiento de Acción Popular, durante las huelgas de junio de 1983. Igualmente, a ella se deben algunas de las principales elaboraciones que apuntaron críticamente las grandes limitaciones de la actividad de la izquierda en los sindicatos.

También participó en el impulso (fracasado, al final de cuentas) de la Coordinadora Sindical Nacional. Impulsó una huelga histórica triunfante en la siderúrgica Lázaro Cárdenas, en 1985, contra la austeridad capitalista. Elaboró algunas ideas sobre las perspectivas de los sindicatos en la actualidad. Y, con suerte desigual, sus miembros han seguido actuando en algunos sindicatos (Sánchez 1990).

Sobre la corriente comunista proveniente del Partido Comunista Mexicano, conviene que de todas maneras digamos algunas palabras:

ella siguió un curso complicado que la llevó, de posturas ortodoxas en su actividad sindical y de tener la dirección de una serie de sindicatos, algunos de ellos importantes, a un acercamiento a las posiciones del nacionalismo revolucionario en los sindicatos, luego que en los ochenta ese partido se disolvió y pasó a formar parte de formaciones políticas como el PSUM y el PMS.

En el primero, en el PSUM, llegaron a dominar las ideas del Movimiento de Acción Popular, de cuya trayectoria ya hablamos. Igualmente, esta vertiente del comunismo vivió, en los ochenta e incluso poco antes, la descomposición del sindicalismo universitario, al cual también ya nos referimos y en cuyo impulso esta corriente había jugado un papel destacado en los años setenta.

Como es sabido, la historia de esta vertiente del comunismo terminó con su disolución en el Partido de la Revolución Democrática, en el que predomina precisamente el nacionalismo y en donde no existe una política definida hacia el movimiento sindical.

En todo caso, aventuramos la idea de que para el periodo al que nos referimos, las principales iniciativas de la corriente comunista en los sindicatos provino de otros grupos y tendencias, y ya no desde el tronco histórico del Partido Comunista Mexicano.

Ahora bien, no queremos dejar una impresión de extremo pesimismo sobre el estado de esta franja del sindicalismo. Debemos aquí mencionar el esfuerzo que hoy llevan a cabo núcleos de él, los cuales están repensando las transformaciones de las relaciones laborales actuales. Ellos tratan de sentar las bases para desarrollar una novedosa acción sindical, pero conservando autonomía ante las exigencias del capital de elevación de la productividad.

Al respecto se ha abierto un amplio debate en el sindicalismo de izquierda (¡y también en el de Estado!) sobre las perspectivas de un nuevo *sindicalismo de la producción*, ligado, de una manera novedosa, al trabajo. Opositores a esta alternativa los hay en la misma izquierda sindical, pues piensan que ésa es la vía de un sindicalismo subordinado totalmente al capital. En todo caso, este debate, y su desenlace, puede ser el preámbulo a un posible resurgimiento de esta franja del sindicalismo en México.



Para concluir

Con lo antes dicho, creemos que hemos apuntado algunos elementos que permitan una discusión más amplia y mejor sobre el tema aquí tratado. Lo que hemos presentado es una apretada síntesis de problemas muy complejos, a partir de nuestra experiencia de investigación y de obras de investigadores sociales mexicanos destacados que hemos citado en este ensayo.

En ese sentido, puede resultar un tanto pretencioso concluir algo de lo antes dicho. Con todo, diremos que puede resultar evidente el cuestionamiento, por parte del actual grupo hegemónico en el Estado, de los líderes del sindicato de Estado y de todo el movimiento sindical en México, por más que periódicamente ambos se declaren (perversamente) un amor eterno.

Para los propósitos de este ensayo, debemos subrayar los evidentes elementos de crisis de las concepciones que animaron, a líderes y bases, tanto en el sindicato de Estado como en el de izquierda. La reestructuración capitalista ha barrido con ideas y con tradiciones sindicales.

Sin embargo, lo nuevo aún no nace. Apenas están surgiendo nuevas figuras obreras, al calor de esa misma reestructuración capitalista, con sus señales de identidad y con sus demandas y problemas, aun y cuando el marco en el que están aprendiendo a actuar sea, de nuevo, el del sindicato de Estado. Tal es el caso de las obreras y obreros flexibles de las maquiladoras de exportación. En ellas, algunos segmentos de líderes de sindicatos de Estado, como hemos visto, están enfrentando un persistente aunque episódico cuestionamiento por parte de las obreras y obreros, los que se están planteando un sindicalismo democrático en sus estructuras internas y que, al mismo tiempo, les sea útil también en el terreno fabril. Todo esto parece estar germinado por lo menos en las regiones del norte del país, en las que es más claro el debilitamiento del Estado, como ya dijimos.

Por su parte, el sindicalismo de izquierda también enfrenta una situación difícil, pues ni líderes ni bases han sabido remontar la situación de crisis en la que se encuentran. Vemos que inclusive con la derrota de sus concepciones sobre las tareas de los sindicatos sobre sus

posibilidades, aún no han logrado estructurar un nuevo movimiento sindical capaz de poner en el centro los nuevos problemas de los centros de trabajo, a la luz de una nueva situación económica y política.

Vemos también que hay debates en torno a las tareas actuales del sindicalismo, de Estado y de izquierda que, si somos optimistas, pueden hablar de algunos gérmenes de reorganización. Sólo el tiempo, el desarrollo de nuevas experiencias y la capacidad para recuperar también las experiencias históricas del movimiento sindical, podrán indicarnos si está en marcha un nuevo sindicalismo y una nueva cultura sindical en México. ☺

Bibliografía

- 1 Carrillo V., Jorge H.
Dos décadas de sindicalismo en la industria maquiladora de exportación. Examen de Tijuana, Cd. Juárez y Matamoros tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México, 1989.
- 2 Daville, Selva
"La historia de la sección 271 del SNTMMSRM", ponencia al Coloquio sobre Negociación y Conflicto Laboral, FLACSO y Fundación F. Ebert, México, 1990.
- 3 De la Garza, Enrique y José Luis Rhi Sausi
"Perspectivas del sindicalismo en México", en Jorge Alcocer (comp.), en: *México, presente y futuro*, Ediciones de Cultura Popular, México 1985: 223-241.
- 4 De la Garza, Enrique
"Cultura y crisis del corporativismo en México", en Horcasitas, Hurtado y del Castillo (comps.), *Transición a la democracia y reforma del Estado en México*, Col. Las ciencias sociales, editado por UdeG, Grupo Editorial Miguel Angel Porrúa y FLACSO de México, 1991: 235-268.



Bibliografía

- 5 De la Garza, Enrique
"Reestructuración productiva, estatal y de los sujetos obreros en México", en De la Garza Enrique (coord.), en: *Crisis y sujetos sociales en México* dos volúmenes, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades/UNAM y Grupo Editorial Miguel Angel Porrúa, México, 1992: 53-106.
- 6 Nieto Calleja, Raúl
Ciudad Cultura y clase obrera. Una aproximación antropológica tesis de Maestría en Antropología Social, ENAH, México, 1992.
- 7 Quintero, Cirila
Reestructuración sindical en las maquiladoras mexicanas, 1979-1990, tesis de Doctorado, Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México, 1992.
- 8 Sánchez Díaz, Sergio Guadalupe
El "nuevo" revisionismo en el sindicalismo de "izquierda" en México entre 1982 y 1988, Cuadernos de la Casa Chata Núm. 182, CIESAS, México, 1990.
- 9 Sánchez Díaz, Sergio Guadalupe
"Sindicato de Estado y protesta obrera en empresas de punta (La CTM en las maquiladoras de la ciudad de Chihuahua)", en: *Cuadernos del Norte, Sociedad, política y cultura*, Núm. 16, septiembre-octubre de 1991, Chihuahua, Chih.: 21-28.